Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista.
ISSN: 1989-4651 (electrónico)
Licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España (texto legal). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

SEOANE PINILLA, J. (2026). *Guía para afrontar nuestro emocionalizado presente*. Granada: Editorial Comares.

A estas alturas ya nadie duda de que nuestro siglo está desbordado por un maremoto de emociones que no solo ha inundado el campo de la política sino que ha transformado por completo el ecosistema de nuestras relaciones sociales, culturales y económicas. La adición a los *likes* ha dejado de ser un problema exclusivo de jóvenes y muchos de los que se creían inmunes a las redes sociales y a las calenturas emocionales de la posverdad han pasado de comprar a votar compulsivamente. Es una era salvaje donde las emociones parecen haber hecho añicos el sueño de la razón, una época que, si el mundo académico no funcionase a golpes de moda, posiblemente habría levantado una enorme polvareda de interés por las páginas que escribieron los autores de la Ilustración escocesa. Porque fueron ellos, y no Kant y sus herederos, los que mejor comprendieron esa coimplicación indisoluble entre la razón y las emociones para la que ahora inventamos conceptos nuevos con la misma fruición y pérdida de tiempo del que piensa que está descubriendo la rueda. El lector encontrará esta y otras jugosas advertencias en la última obra del profesor Julio Seoane, donde a partir de una sucinta pero rigurosa aproximación a los inicios y la evolución del campo de estudio de las emociones —que incluye la teoría sensorial de W. James y su revisión reciente por J. Prinz; los enfoques cognitivos de R. Salomon y M. Nussbaum; y las teorías perceptuales encabezadas por C. Tappolet— se adentra en la veta que autores como F. Hutcheson y D. Hume abrieron en la filosofía moral al poner a Platón patas arriba y considerar que las emociones no tienen necesariamente que constituir un obstáculo para la racionalidad moral sino que de hecho constituyen su condición de posibilidad, dado que esta racionalidad, lejos de darse al margen o en contra de ellas, se configura a partir de lo que Seoane llama la «lógica interna del mundo sentimental», o por emplear la expresión de Hutcheson, las pasiones calmas o sosegadas (*calm passions*). La clave de todo es no confundir tres cosas

que a menudo encontramos revueltas en el habla coloquial pero también en la literatura académica: los afectos, las emociones y los sentimientos; un batiburrillo que esta lectura contribuye a aclarar con esa exquisita combinación de erudición, estilo y amenidad que caracterizaba a los moralistas del XVIII y que desgraciadamente cuesta tanto encontrar en el panorama filosófico actual.

En resumen, la postura del profesor Seoane es abiertamente *sentimentalista*, lo que quiere decir que asume que «nuestro orden moral parte de los sentimientos y que estos son emociones educadas, afinadas, cultivadas». Algo muy distinto de lo que propugna el llamado *giro afectivo* que de la mano de algunas perspectivas deconstructivistas (B. Massumi) y feministas (E. Sedgwick y S. Ahmed, entre otras) se ha convertido en uno de los tropos más influyentes del cambio de siglo, con una ascendencia notable, por ejemplo, en la cultura de la cancelación. Aquí, los afectos son tratados como algo previo a las emociones y a las palabras que las designan; aquello que permite hermanarse en la lucha, la base de la solidaridad, de la comprensión y de la institución de comunidades emocionales («hermana, yo sí te creo»). Pero para J. Seoane el riesgo de esta concepción es que convierte a los afectos en un asidero demasiado frágil para la organización de las sociedades complejas, no solo por lo espinoso que resulta por su debilitamiento de la presunción de inocencia, sino porque conduce a la discusión ético-política al terreno de lo inconmensurable. En lugar de esto, el profesor Seoane plantea recuperar la empatía no como una emoción sino como un mecanismo de comunicación de emociones, o dicho con otras palabras, plantea superar la polarización que ha añadido el consumo de identidades a nuestra sociedad hiperconsumista a través de la educación o el afinamiento de nuestras emociones y de su socialización a través de la empatía.

El primer capítulo de la obra está dedicado al mundo emocional y a una breve incursión por los desafíos que plantea el *giro afectivo*; el segundo, a la presentación y discusión del concepto de empatía; y el tercero, a demostrar la existencia de un idioma sentimental que todos utilizamos para cosas tan básicas como hablar y reflexionar, negociar, engañar y ser honestos, un idioma que además de existir necesitamos, y al que por consiguiente «darle la espalda es absurdo y estúpido». Este idioma se comunica a base de la empatía, y si queremos evitar el naufragio en las emocionalizadas aguas de nuestro

presente deberíamos contribuir a su gramática educando las emociones para que devinieran sentimientos dignos de una cultura y sociedad democráticas, donde el mero contagio emocional pueda reflexionarse y transformarse en otra cosa, haciendo que la empatía —de la que resulta difícil hablar sin mencionar a la simpatía y el cuidado— se convierta en un puente hacia el otro capaz de convertir las lágrimas en deseos político-sociales. Y para esta educación sentimental, J. Seoane vuelve a reivindicar —lleva más de dos décadas haciéndolo— la función del moralista, que empieza por el reconocimiento de que las emociones siempre pugnan por darse a los demás, por explicarse y compartirse, en un mundo en el que la empatía solo tiene sentido desde la voluntad por dejarse afectar y tocar por el otro. Este mundo es, o debería ser, el de una sociedad que fuera capaz de construir lugares donde el gusto proviniese no tanto de convencer —aunque también— como de hablar y ponerse en común sin necesidad de alcanzar un acuerdo, siguiendo el modelo de *El sobrino de Rameau* de Diderot, al que J. Seoane dedica uno de los dos añadidos o anexos (el otro, a D. Hume y la norma del gusto) de esta *Guía para afrontar nuestro emocionalizado presente*, que concluye su último capítulo apuntando a los relatos, las obras de teatro, las películas, las novelas y los ejemplos de vida como sendas maneras de conjurar la desmoralizadora vorágine del *scroll* infinito. La conclusión de esta lectura podría resumirse en una frase del autor que quizás vendría bien que alguien escribiera debajo de los leones de la Carrera de San Jerónimo: «Tenemos demasiadas emociones y bien pocos sentimientos educados».

David Hernández Castro
(Universidad de Alcalá)
d.hernandezc@uah.es